Al margen

CAMINO de los ochenta y tres años, el mayor de los maestros actuales en lengua inglesa (a la vez que uno de los grandes en la literatura francesa de ruptura) sigue produciendo con buen pulso. Aludo, claro es, al aclamadísimo Premio Nobel de hace un cuarto de siglo, pese a que la "intelligentsia" europea se anticipara en el 61 concediéndole en Formentor el flamante Prix International des Editeurs (al alimón con Borges), en la convicción de que jamás los académicos suecos se pronunciarían por el autor de "Molloy", "Malone meurt" y "En attendant Godot". Digo del irlandés Samuel Beckett, que, si tras "How It Is" se impuso un larguísimo silencio, ya a comienzos del presente decenio lo rompía con el centenar de páginas de "Company", siguiendo un par de años después con la pieza "Rockaby" y la magistral narrativa del breve "Ill Seen Ill Said". Y en este comienzo de año sale –en la misma editorial John Calder del precedente– el angustioso monólogo autobiográfico "Stirrings Still" que tiene ya el aire de una despedida, aun resistiendo a la tentación de no agitarse más.

La verdad es que el escritor ha aceptado que su viejo amigo el profesor James Knowlson, de la universidad inglesa de Reading, haya procedido a crear la Samuel Beckett International Foundation, de la que son también patronos Tom Stoppard y el dramaturgo Harold Pinter, tanto más cuanto de veinte años acá, el irlandés iba haciendo donaciones de escritos suyos a esa universidad. De esta suerte, a los manuscritos de sus obras –en francés o en inglés– fue añadiendo apuntes sobre sus piezas teatrales, poemas en varios estados o meros bocetos, prosas inéditas varias, e incluso sus ejemplares de la "Recherche" proustiana anotados por él copiosamente.

Ahora, en el acto fundacional, el impagable regalo del escritor ha sido un voluminoso cuaderno que bajo el título "Whoroscope" (el del primer poemario que publicó" recoge reflexiones y lecturas, citas o apostillas al "Quijote", Chéjov, Shakespeare, Dante, Vico (no Joyce, pese a la reciente etapa de colaboración estrecha en París), en un momento crucial para la obra del irlandés cual fue su estancia en la Alemania de los años 30. Un inagotable y vivaz venero que pone la guinda a esa completísima colección, salvaguarda para cuantos estudien la personalidad y obra de este "monstruo".

MASOLIVER

Días de varia luz

Reunidas en el cuarto oscuro

Extraordinaria novela sobre los efectos de una destructora relación materno-filial, es la primera de la hasta ahora desconocida escritora austriaca

Waltrand Anna Mitgutsch

Waltrand Anna Mitgutsch
"Entre mujeres"
Traducción de Basilio Losada
229 páginas
Ediciones B
Barcelona, 1988

CUANDO Louis-Ferdinand Céline publicó en 1932 su primera y terrible novela, "Voyage au bout de la nuit", que literalmente lo encumbró en un día, Blaise Cendrars escribió que la obra era como "un furioso latigazo que abría las carnes de los lectores e impedía que las heridas inferidas cicatrizasen". He rememorado la frase a raíz de "Entre mujeres" (Die Zuechtigung), primera novela, fechada en 1985, de la escritora austriaca Waltrand Anna Mitgutsch (Linz 1948).

Los breves datos biográficos de Mitgutsch aclaran ciertos rasgos de su personalidad. Estudió Filología Inglesa y Germánica en la universidad de Salzburg y los completó en Inglaterra y nada menos que en Israel y Corea. Luego viajó por Asia y los países de Oriente Medio, profesó en el Amherst College (Mass. EE.UU.), y en 1985 regresó a Austria para dedicarse actualmente a escribir guiones televisivos y radiofónicos. Después de "Entre mujeres" ha publicado un volumen de relatos, "Mit anderen Augen", y otra novela, "Das andere Gesicht".

Esta síntesis permite destacar dos cosas a mi modo de ver significativas: la salida de Austria y su posterior retorno coincidiendo con la publicación de "Entre mujeres", y la elección de Israel y Corea para ampliar estudios. Algo realmente poco usual que revela un espíritu ansioso por abrirse a nuevos espacios poco trillados. Aunque acabe por recalar en Estados Unidos y sus trabajos académicos versen sobre poesía inglesa y norteamericana.

Se dirá que las especulaciones acerca de los comportamientos de Mitgutsch no vienen al caso. Por el contrario, creo que son oportunas tras la asombrada lectura de su novela. Al parecer, la autora reconoció públicamente que en ella hay un indeterminado porcentaje de elementos autobiográficos. Por supuesto que se nota. Creo poco probable que se pueda escribir una novela como "Entre mujeres" y mantener la feroz tensión narrativa a lo largo de sus más de doscientas páginas, sin haber vivido el relato en su totalidad o, al menos, en parte. Lo cual no entraña demérito para el talento creador de la autora El texto es el evidente resultado de un durísimo esfuerzo por destilar el lastre de tanta amargura acumulada y llegar a convertirla en material literario de primerísimo orden. Maravilla comprobar hasta qué punto, valiéndose de ese material cuidadosamente elaborado, Mitgutsch ha conseguido adentrarse y desmenuzar zonas hasta ahora escasamente exploradas de la condición humana.

"Entre mujeres" es la historia de una madre campesina (Marie), de su hija (Vera) que la cuenta, y de la hija de ésta de doce años. La madre de la narradora es fruto del salvajismo y de la ambigüedad moral del campesinado austriaco. Educada como animal de brega a costa de brutales palizas, al finalizar la segunda guerra Marie se casa sin amor para escapar del infierno familiar. El marido es jornalero, casta socialmente inferior al campesino, y además un tipo pusilánime sobre el que Marie vuelca su orgullo y su odio. Al nacer Vera, la patología enfermiza de Marie la lleva a identificarse poco menos que con la omnipotencia de Dios y modela a Vera a su imagen y semejanza, en una combinación de ternura y violencia con la que pretende hacer de la hija una criatura perfecta. Proyecta sobre ella todo aquello que el mundo ha rehusado concederle, a base de dominarla con su poder ilimitado, de vaciarla como ser humano para así vencer su capacidad de resistencia y poseerla.

Herencia de desamor

Aparentemente Vera logra zafarse de la influencia de Marie, tras diecisiete años de castigos, reproches y humillaciones, cuando abandona la casa para asistir a la universidad. Marie muere sola de leucemia en el hospital, en un postrer estallido de rencor descontrolado al advertir que en realidad su poder y sus ansias de dominio han fracasado. Pero no es así. Vera se reconocerá deudora de los sacrificios de su madre, nuevamente poseida por el amor-odio que le inspira su sombra. Vera, a su vez, se sentirá incapaz de vivir a fondo toda relación amorosa. Se dedicará a su hija, como Marie se dedicó a ella, si bien adoptando una actitud diametralmente opuesta. Pero se dará cuenta, horrorizada ante los reproches de la niña, que sólo ha logrado transmitir a la hija la herencia de desamor recibida de su madre. Las tres, abuela, madre e hija, sentimentalmente castradas, "están reunidas en el cuarto oscuro" del mal, sobre el que proyecta su manto el ángel de la muerte.

El tema central que cruza recurrente por estas páginas estremecedoras, es el de la muerte de los sentimientos a causa del mal que emponzoña las almas y se prolonga una generación tras otra, como una epidemia, cuyas raíces se niegan a ser explicadas por la razón. Esa parece ser la tesis de Waltrand Anna Mitgutsch. El mal se encuentra en todas partes, bajo formas solapadas o generando con insolencia situaciones de extrema confusión. Se encuentra en las rígidas estructuras del medio rural, en la autocomplacencia de Austria durante el nazismo, la guerra y la hipócrita desmemoria de la posguerra, en la ambición de todo poder y en el ejercicio carismático de ese poder, en la misma naturaleza destructora de las relaciones materno-filiales...

El tema central de esta historia es la muerte de los sentimientos por el daño del alma

La novela, más allá de la tragedia individual, reflexiona en torno a la protagonista

Un extraño lirismo

De manera que la novela no es sólo la historia de una tragedia individual, sino que articula una muy seria, rigurosa y lúcida reflexión sobre las condiciones del entorno que inserta el relato de la protagonista. La obra se sitúa así en un plano de ambición cósmica realmente excepcional en las actuales letras europeas, sin merma de la naturalidad y sin que afecte las cualidades literarias del discurso. Porque lo cierto es que la destreza técnica que revela Mitgutsch para conjuntar armónicamente todos los elementos, es realmente admirable. La viveza del ritmo en ningún momento vacila pese a que la voz narrativa alterna constantemente las tres personas, en un manifiesto anhelo de totalidad. En resumidas cuentas, la unidad recae en el punto de vista, algo esencial que la novelista se reserva para sí. Está muy claro que la visión amargamente crítica del universo es patrimonio exclusivo de la mirada de Mitgutsch.

Leyendo "Entre mujeres" he experimentado sensaciones de signo muy diverso. Por ejemplo, he creido visualizar alguna de las pinturas de Friedrich donde trasciende la intensidad de su meditación sobre los enigmas de la naturaleza; también he recordado los escalofriantes dibujos satíricos de George Grosz sobre la vida alemana de entreguerras; y en ciertos pasajes de una dureza hiriente, se me hizo familiar Bardamu, el personaje de la novela de Céline, fijado en un fondo musical de Grieg invocando la desolación de un paisaje invernal del norte de Noruega. Todo ello y mucho más lo sugiere, diría que lo impone, como asociación y agarradero para el lector, la gran novela del desamor creada desde lo profundo del sufrimiento por la joven escritora austriaca.

En este aspecto el lector no puede engañarse ni engañar a los futuros lectores. "Entre mujeres" es una novela que dibuja un círculo cerrado, sin apenas resquicios, o uno de los mejores y más acabados productos literarios que he leido en los últimos años, junto a "Reencuentro", de Fred Ulhman. Una de esas obras que consagran a un autor. Pero aunque la lectura deslumbra y suscita en la piel el cosquilleo que sólo produce el contacto con los frutos en sazón del talento artístico, no es ni pretende ser placentera. El texto se muestra duro en extremo sin abrirse a concesiones, implacable consigo mismo y con los demás, casi en todo momento abrumador, pero, sin embargo, dotado de un extraño lirismo que parece brotar de lo infernal y de una belleza difícil de describir que por un lado asombra y por el otro, de humana que es, sosiega.

Luminosa quizá sea, desde el cuarto oscuro, la palabra impronunciable. Es la que se me ocurre a modo de conclusión. Que cada nuevo lector elija la suya. Sospecho que, en este caso, no habrá grandes discrepancias.

ROBERT SALADRIGAS

Letras sobre las letras

Ecología de la cultura frente a toda destrucción

Es idea formulada por el octogenario Dmitre Lijachov, científico de renombre mundial, al frente del departamento de literatura antigua rusa en la Academia de Ciencias del URSS, además de presidir el Fondo de Cultura soviético (y sin perjuicio de haber pasado diez años de su juventud en el campo de concentración de Solovki, por su revolucionaria ponencia sobre la ortografía rusa). Además de obras ya clásicas como "Poética de la literatura antigua rusa" y "Textología" (en ésta una temprana valoración positiva de Nabókov) y tras un libro de ecología moral y contra el desarrollo de extremismo nacionalista, el académico emprendió su campaña de ecología de la cultura frente al subsuelo desaprovechado y arruinado, la contaminación fluvial, la despreocupación por el futuro y la destrucción de la herencia de los antepasados. Ante el estado miserable de los depósitos de la memoria del pueblo, los archivos y bibliotecas (así lo que él calificó de Chernobil cultural), el incendio de miles de libros en la biblioteca leningradense de su Academia, el hecho escandaloso de que junto a la casa de Pushkin y sus preciosos manuscritos del poeta se encuentre una empresa automovilística de transportes. Tantas intervenciones fecundadas que del académico Lijachov –y desde mucho antes de que surgieran en el país los movimientos "informales"– han hecho el primer "hombre informal de la cultura", solicitado árbitro y perito en los asuntos culturales más espinosos.

Alexander Pushkin

Klingemann, no Hoffmann ni Jean-Paul

Tampoco Friedrich Gottlob Wetzel, en quien por fin todos coincidían. Ventaja de las obras anónimas es, a poco que destaquen, multiplicarse al momento los presupuestos autores, según la crítica pueden hacer gala de su penetración al rastrear en ellas influencias de autores descollantes (y como si sólo éstos pudieran escribir cosas de interés). Tal es el caso de "Nachwachen des Bonaventura", un original libro anónimo aparecido en 1804 y de corte autobiográfico (no que lo sea de veras, tampoco lo fue el "Lazarillo de Tormes") en que el expósito Kreuzgang, hijo de alquimista y de gitana y crecido bajo un remendón se hace coplero, cómico de la lengua, bufón y acaba en vigilante nocturno, melancólico y fantástico, además de lleno de vivacidad demoníaca y grotesca al relatar lo que encuenta en sus rondas nocturnas. Una suerte de tragicómico "Siebenkäs" a lo Jean-Paul, y que dejaría amplia estela en la novelística alemana, desde los románticos al "Felix Krull" de Thomas Man.

Sólo ahora se ha podido comprobar que ni E.T.A. Hoffman ni Jean-Paul Richter, los más cortejados por los expertos, ni los románticos del círculo de Jena tienen que ver con la autoría de esas "Nachtwachen", debidas al otrora aplaudido director teatral y dramaturgo, y ahora olvidado August Klingemann, quien fue el primero en representar el "Faust" goethiano (1892). Por vez primera, también, el nombre del siempre celebrado vigilante nocturno saldrá con el de su verdadero creador en "La Veglie di Bonaventura", la edición italiana que ahora publica Guanda.

Cuando los Hydropathes

El tiempo también de los Zutistes, los Harengs saurs, Hirsutes, Jemenfoutistes y demás ubuescas sociedades o pequeñas que en los años de tránsito del siglo tenían en Francia por bandera el cultivo del humor, en los torneos poéticos, la prensa satírica, las veladas de cabaret o bistrot, dijérase que en la más supina ignorancia de que estaban bailando sobre un volcán, en los prolegómenos de aquella guerra europea que iba a mudar de alto abajo el mundo. O acaso al revés, precisamente al presumir la que se avecinaba. Así el fabulador y mosqueteril Villiers de L'Isle-Adam, el de los "Contes cruels", quien en su lecho de muerte se despide con un "Ah, je m'en souviendrai de cette planète!".

Jean-Claude Carrière, hombre de curiosidades y por siempre dedicado a coleccionar cuantos libros de humor se han publicado en su país desde mediados del pasado siglo, reuniendo así una impresionante biblioteca, de tan curioso material ha seleccionado lo bastante para formar las 400 páginas de una "Anthologie de l'Humeur 1900" (Eds. 1900) que no tiene desperdicio. Por ejemplo, el Georges Auriol que mata a su muchacha sin querer, cuando, entretenido en hacerle silbar una bala junto a la oreja, por desgracia, a la joven se le ocurre moverse. O el funcionario que tratando de convencer al condenado a muerte para que se deje guillotinar, le espeta: "Mais, malheureux! tout le monde est arrivé! La magistratura, le clergé, le peuple, les soldats qui vont te faire la haie comme pour l'empereur; chacun est en place... On n'attend plus que toi", según lo contaba Eugène Chavett. Y no digamos aquella salida del gran Alfred Jarry, máximo definidor de lo ubuesco: "Je n'ai jamais compris pourquoi dans les théâtres d'opéra on laissait entrer les spectateurs des trois premiers rangs avec des instrument de musique".